

¿Cómo salir de una (neo-) dictadura?



Tiempo de lectura: 9 min.

Vie, 30/11/2018 - 17:30

El libro de Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, *Cómo mueren las Democracias*, es ya un bestseller. Perfectamente explicable. Por una parte entre las naciones en peligro de adquirir el virus anti-democrático a los propios EE UU. Por otra, centra el interés en un escenario que comienza a darse con similar intensidad en América del Sur, América del Norte y Europa. Inequívocamente estamos frente a un fenómeno interoccidental. Comencemos por lo segundo:

Dictaduras, autocracias, tiranías, ha habido siempre. Desde Aristóteles -quien en su Política se pronunció en contra de la democracia debido a su vulnerabilidad ante los demagogos siempre dispuestos a ofrecer el séptimo cielo para alcanzar el poder- sabemos que la democracia es una planta frágil a la que hay que regar todos los días. Pero una cosa es la muerte de una u otra democracia y otra distinta es la irrupción de una crisis planetaria de las democracias. Segun Levitsky/Ziblatt es lo que estamos presenciando.

También sabemos a través de muchas experiencias que, si las democracias perecen, también resucitan: son los periodos de transición de una dictadura hacia la democracia sobre los cuales hay abundante bibliografía (al vuelo me llegan a la memoria los nombres de Guillermo O'Donell, Nicos Poulantzas, Gene Sharp, y otros que han escritos tratados sobre el tema). Lo que no sabíamos -eso es lo específicamente nuevo- es que también hay periodos de transición de la democracia hacia la dictadura. Quiere decir: las dictaduras de hoy no aparecen mediante un acto violento, con casas presidenciales bombardeadas, con miles de muertos en las calles, con juntas militares pronunciando gloriosos discursos bajo banderas nacionales. No: las dictaduras, o autocracias, o tiranías, o lo que sea (este no es mi tema hoy) llegan democráticamente al gobierno y desde ahí inician un proceso de transición hacia la no-democracia, hasta que el día menos pensado nos damos cuenta de que estamos en dictadura. Probablemente quienes las ejercen tampoco lo saben.

La mayoría de los neo-dictadores no llega al poder con el propósito de instaurar una dictadura sino movidos por altos ideales, acompañados de un electorado convertido en movimiento social redencionista, en lucha en contra de elites tradicionales y de la corrupción de gobiernos anteriores. Pero para realizar esos grandes ideales deben confrontarse con instituciones a las que comienzan a modificar o a suplantar en aras del programa gubernamental. La primera víctima es el poder legislativo. La siguen el poder judicial, la prensa, la policía secreta y pública y por cierto el ejército. No vamos a volver a esas historias. Las conocemos demasiado. Cabe solo destacar que el proceso que lleva a transformar a una democracia en una dictadura no es cosa de días. A veces dura años.

Lo que en cierto modo asusta es la constatación empírica de que ningún país, ni siquiera los hasta ahora considerados bastiones de la democracia, como EE UU y diversas naciones europeas (Polonia, Hungría, Italia, Austria) son inmunes a la patología anti-democrática. En los países europeos puede pasar. Al fin y al cabo

tienen detrás de sí un historial antidemocrático y algunos, como los países post-comunistas, muy reciente. Pero lo de EE UU – y con esto voy al primer punto- es algo nuevo. En efecto, la mayoría de los analistas, incluyendo a acérrimos enemigos de EE UU, suponían que el sistema político de esa nación reposaba sobre pilares inamovibles. ¿Qué hace pensar a Levitsky/Ziblatt que la democracia norteamericana está en peligro? La respuesta es una sola: Trump.

Trump, elegido por una minoría blanca convertida en mayoría electoral cuya misión podría ser crear un movimiento nacionalista-mesiánico situado por sobre la Constitución y las Leyes si es que no es enfrentado a tiempo por una oposición que no haga su juego y lo sepa neutralizar, apuntan los autores. Un antílope lo obtuvimos en las elecciones de noviembre, donde Trump perdió su apoyo diputacional gracias a una camada de emergentes, jóvenes y multicolóricos políticos demócratas. Pero el peligro sobre el cual alertan Levitsky/Ziblatt sigue presente. La argumentación que manejan es muy interesante.

Según ambos autores, el poder, incluyendo el norteamericano, no yace solo sobre la base de la Constitución y sus instituciones, sino, además, sobre un principio al que denominan, normatividad. Sin nombrar a Kant recurren a una de sus principales tesis, a saber: hay principios que preceden a toda Constitución y al mismo tiempo la trascienden.

Ahora bien, el problema aparece cuando al poder ascienden gobernantes para quienes no cuenta el principio de normatividad. De tal manera, ese principio que envuelve a la propia Constitución puede ser transgredido por gobernantes quienes sin violar expresamente a la ley no se dejan regir por normas tácitamente establecidas. La misoginia, el racismo, la homofobia, el deprecio por los débiles, y no por último al medio ambiente y a la naturaleza que hacen galas personajes como Trump, Orban, Salvini, Maduro (pronto habrá que agregar a Bolsonaro y tal vez a López Obrador) son atentados en contra de las normas, y con ello, la Constitución queda desprotegida ante sus invasores. La destrucción de las normas pasa por la alteración del lenguaje político y, como bien observan Levitsky/Ziblatt, los autócratas y neo-dictadores del presente convierten a sus palabras en realidad e incluso, en una nueva normatividad cuyo objetivo es erosionar el principio de constitucionalidad.

Llama la atención que los autores intenten ejemplificar la agonía de las democracias así como las alternativas que se abren para recuperarla con ejemplos extraídos de

diversos países, particularmente de América Latina. El último capítulo, dedicado precisamente a seleccionar ejemplos de luchas democráticas exitosas, hace mención a Colombia, Perú y Chile.

Según la opinión de Levitsky/Ziblatt, para enfrentar a las neo-dictaduras y neo-autocracias es necesario, en primer lugar, formar amplias coaliciones entre partidos que en el pasado rivalizaron entre sí. En segundo lugar, afirman que tales coaliciones no deben seguir la lógica y el discurso impuesto por quienes ejercen el poder. Observan incluso que en los propios EE UU hay tendencias a contrarrestar la lógica de Trump apelando a la confrontación, precisamente el terreno donde el presidente y quienes lo asesoran se sienten como en su casa. Como ejemplo positivo destacan el caso de Colombia donde las tentaciones autocráticas de Uribe fueron bloqueadas por una oposición firme al lado de la Constitución. También mencionan que la salida de Fujimori no ocurrió por la vía confrontacional, sino en defensa irrestricta de las normas constitucionales. Con mayor profundidad recurren al caso chileno durante el plebiscito de 1988, donde, lo que parecía imposible, la alianza entre democristianos y socialistas pudo ser realidad gracias a la voluntad demostrada por los líderes de ambos partidos.

La chilena no fue una unidad por la unidad sino en torno a un proyecto común. La posibilidad del plebiscito surgió de una unidad precaria, pero esa unidad se fue fortaleciendo durante el curso de la campaña hasta llegar el punto en que sus partidos principales comenzaron a sentirse miembros de un mismo frente. Esa solidaridad inter-partidaria sería la base de la Concertación, la que abrió la perspectiva de gobernabilidad sobre la base de concesiones iniciales a la dictadura pese a las estridentes protestas de sectores extremistas de la izquierda chilena.

El ejemplo más negativo según Levitsky/Ziblatt ha sido el de Venezuela. De acuerdo a ambos autores, la oposición venezolana ha hecho justamente lo contrario a lo que se debe hacer para salir de una neo-dictadura. El frustrado golpe de estado y el aún más frustrado paro petrolero (2002) son considerados por ellos como una suerte de pecado original que posibilitaría durante mucho tiempo el éxito del chavismo. En efecto, al haber adoptado una alternativa insurreccional sin siquiera ser mayoría electoral, la oposición entregó a Chávez las llaves de la legitimidad. El abstencionismo del 2005 fortalecería aún más las posiciones de la autocracia chavista.

Quizás el dictamen es algo injusto. La oposición venezolana ha logrado revertir en diversas ocasiones la lógica de la dictadura. Hubo dos momentos cúlmines: El plebiscito del 2007 -cuando la oposición arrebató a Chávez la legitimidad constitucional, sellando una alianza con la constitución chavista de 1999- y el apoteósico triunfo electoral del 6-D.

El problema de la oposición venezolana es que, precisamente en sus mejores momentos, ha cedido frente a una minoría extremista, anti-electoral y anti-política. La llamada Salida del 2014 fue una locura sin precedentes: llamar a una insurrección de calles justo después de una derrota en las elecciones comunales del 2013 no cabe en ninguna lógica política. Quienes desconectaron las jornadas de masa del proceso pro-electoral del RR16 de la agenda electoral que debía sucederlas, también cometieron un inmenso error. Y quienes dieron a las demostraciones del 2017, originariamente surgidas en defensa de la Constitución, el carácter de un enfrentamiento final (hora cero, marcha sin retorno) terminaron por entregar la calle a los soldados, dejando detrás de sí a cantidades de vidas sesgadas. Historia que después se repetiría aún más trágicamente en la Nicaragua del dictador Ortega.

La capitulación electoral del 14-M 2018 -precisamente la que más quería Maduro- llevada a cabo en nombre de una supuesta intervención extranjera y de un quimérico golpe de estado- llevaría, como es sabido, a la desintegración de la oposición.

Hoy la oposición venezolana busca rehacerse a través del Frente Amplio. Allí convergen partidos y diversas representaciones civiles. La idea es loable y debe ser apoyada. Siempre y cuando nadie olvide que los grandes frentes democráticos de la historia han surgido en base a un proyecto común y ese, en la mayoría de los casos, ha sido democrático, pacífico, constitucional y por lo mismo, electoral. Y bien; esos cuatro puntos -sobre todo el electoral- contradicen la lógica de la dictadura. Entendiéndose por electoral no solo ganar elecciones sino luchar por la democracia dentro de las elecciones, ocupando las calles en nombre de una amplia mayoría ciudadana. Y eso es posible porque ha sido posible.

De acuerdo a Levitsky/Ziblatt, las dictaduras y autocracias de nuestro tiempo no son las dictaduras pretorianas de los siglos XIX y XX. Todas, una más otras menos, se ven obligadas a rendir tributos a formalismos internacionales, permitiendo espacios opositores a los que intentan mantener bajo control alentando divisiones internas y azuzando a los extremismos que actúan de acuerdo a la lógica dictatorial. Esta es

quizás la principal enseñanza que deja el libro: “nunca hay que hacer lo que una dictadura quiere que tú hagas”.

Por supuesto, Cómo mueren las Democracias no es un libro perfecto. Hay interpretaciones discutibles. El concepto populismo, por ejemplo, es extremadamente cosificado hasta el punto que a veces pierde su carácter de adjetivo y pasa a convertirse en sustantivo. Las comparaciones de hechos y casos no siguen líneas diacrónicas perdiendo el texto cierta historicidad. Hay también omisiones. Las luchas anti-orteguistas en Nicaragua no fueron estudiadas. Un análisis del “pequeño milagro” ecuatoriano en donde en un acto “mini-gorbachiano” Lenín Moreno rompió con la línea de Rafael Correa, merecía ser analizado, aunque no más fuera como excepción a la regla. Pero si dejamos a un lado juicios académicos Cómo mueren las Democracias debe ser leído como un texto político. Muy apropiado, además, para pensar la política europea, asolada más que la latinoamericana, por nacionalismos extremistas frente a los cuales los demócratas no logran todavía levantar frentes unitarios.

En suma, un libro-mensaje que nos llega en el momento preciso. Hay que leerlo. Hay que discutirlo.

Steven Levitsky y Daniel Ziblatt, Cómo mueren las Democracias, Ariel, Madrid 2018

30 de noviembre 2018

Polis

<https://polisfmires.blogspot.com/2018/11/fernando-mires-como-salir-de-un...>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)